

Zibell, Rodolfo. (mayo de 2011). *Grandes Maestros : Alicia Camilloni*. En: Encrucijadas, no. 51. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

GRANDES MAESTROS

# ALICIA CAMILLONI

**Profesora consulta y emérita de la Universidad de Buenos Aires, Alicia Camilloni se desempeñó durante 16 años como Secretaria Académica. Nunca abandonó su trabajo como docente de grado y posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras y en otras universidades. Actualmente, ya jubilada, continúa trabajando con la misma fuerza y compromiso de siempre. Y continúa estudiando: “he estudiado toda mi vida porque cuando uno se dedica a la docencia, lo que le gusta es estudiar, estudiar y estudiar”.**

## De una entrevista realizada por Rodolfo Zibell

Nací en un pueblo de la provincia de Santa Fe, un pueblo que fundaron mis bisabuelos, la primera colonia judía de la Argentina, que se llama tal vez por eso, Moisesville. Ellos llegaron en el primer barco que trajo inmigrantes judíos al país. Allí hice mis primeros años de la primaria en una escuela que, como todas las de la provincia de Santa Fe, al igual que las de Córdoba, estaban bastante adelantadas en lo pedagógico. Después mis padres se trasladaron a Buenos Aires e ingresé a una escuela bastante buena, la Presbítero Alberti. Y digo “buena”, en el sentido que a mí me dejaban estudiar cosas que me gustaban mucho, y además me dejaban dar clases especiales sobre Historia y también Matemática. Era muy buena alumna.

La escuela secundaria la inicié en el Liceo N° 2, en José María Moreno y Rivadavia, pero como me quedaba muy incómodo llegar hasta allí, me pasé al Liceo N° 4, frente a Obras Sanitarias.

En esa época, yo vivía en Once. Terminé la escuela secundaria en 1953. Al año siguiente ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras. Tuve muchas dudas al elegir mi carrera, estaba entre Filosofía y Matemática. Finalmente, me quedé en esa duda. Pero tenía algunas amigas mayores que habían estudiado Pedagogía y a mí me interesaba la educación. Al término de ese primer año, junto con los que éramos miembros del centro de estudiantes, quedamos fuera de la Facultad. Y eso a mí me hizo pensar porque yo quería seguir mis



estudios. Era una época difícil y opté por ingresar al Instituto Nacional Superior del Profesorado Secundario, el actual Joaquín V. González, donde seguí el Profesorado de Filosofía y Pedagogía.

En realidad, ya había preparado todas las materias de primer año de la Facultad de Filosofía y Letras, pero no las pude rendir.

Lo mismo me ocurrió en el primer año del Profesorado. Pero en el 55 se produjo el cambio de gobierno y los echados fuimos reincorporados. Y me encontré ante la disyuntiva de seguir en el Instituto o pasar a la Facultad, donde habían cambiado algunos profesores y debía preparar otra vez las materias. Fue en ese momento cuando resolví seguir estudiando en el Instituto, donde me recibí de Profesora de Filosofía y Pedagogía.

Simultáneamente, y como tenía alguna vinculación con la Facultad de Filosofía y Letras en la que tenía amigos, me acerqué a los profesores cuando alguna materia me interesaba, y les preguntaba si tenían inconveniente en que yo cursara como oyente. De esa manera, cursé, por ejemplo, Problemas de la Filosofía Contemporánea, con Risieri Frondizi, y Filosofía de la Ciencia, con Mario Bunge. Ya había hecho un curso con Mario Bunge, y tal vez por eso cuando regresó al país y ganó el concurso docente en la Facultad, me invitó a incorporarme. Me nombró informalmente ayudante de su cátedra mientras seguía estudiando en el Instituto donde me recibí.

Cuando se creó en la carrera de Sociología en 1957 en la Facultad de Filosofía y Letras, me inscribí. Finalmente me recibí de profesora y debo reconocer que en el Profesorado fue buena mi formación en Filosofía y en Psicología que yo había complementado cursando alguna materia en la Universidad de Buenos Aires.

Hay algunos profesores de esa época que recuerdo con mucho respeto y afecto. Por ejemplo, Francisco González Ríos y Ofelia Belinotto que, si bien era del Profesorado, se había especializado en Plotino y enseñaba en el College de France, por lo que vivía unos meses en Buenos Aires y otros en París. Era una persona muy reconocida en Europa pero desconocida en la Argentina. Ella tuvo un impacto muy fuerte en sus alumnos. Con ella teníamos un seminario anual de filosofía antigua, en el que leíamos a Platón y a Aristóteles. Ella nos enseñó a leer. Todos los que fuimos alumnos suyos reconocemos que le debemos poder leer porque ella nos enseñó a leer Filosofía.

Reconozco como maestros también a otros profesores como Andrés Mercado Vera, muy reconocido en la Facultad, y por supuesto a Risieri Frondizi y a Mario Bunge. También a Ángel Casares, en Filosofía antigua y ética. Pero la formación que tuvimos en Pedagogía fue muy mala, puedo decir que soy autodidacta. En cambio, recibí una muy buena formación de base en Filosofía y en Psicología.

He estudiado toda mi vida porque cuando uno se dedica a la docencia, lo que le gusta es estudiar, estudiar y enseñar, pero estudiar.

Cuando me recibí de Profesora de Filosofía y Pedagogía decidí hacer una especialización en el Instituto, el Curso de Formación de Profesor Adscripto. Implicaba no sólo trabajar en la docencia sino también producir algo semejante a una tesis. Elegí y me especialicé en Estética.

Me atraía mucho la Filosofía e, interesada por la Estética, la enseñé y tuve seminarios de estética complementarios al dictado de la materia en el Profesorado. Cuando el profesor

titular se enfermó me hice cargo de la materia durante un par de años, y fui suplente en lugares como el Normal N° 1 y la Escuela de Bellas Artes "Prilidiano Pueyrredón". Esos profesores daban Estética de manera muy diversa por lo que era complicada pasar de una cátedra a otra.

Desde que me recibí tuve trabajo y me fueron ofreciendo cátedras de Pedagogía ya que mi título me habilitaba para dar Filosofía y Pedagogía.

En el 69 o 70, el profesor de Filosofía de la Educación de la Facultad de Filosofía, Gustavo Cirigliano, me propuso ser ayudante de su cátedra. Acepté en un momento en que las facultades revivían después de la Noche de los Bastones Largos. Luego fui Jefa de Trabajos Prácticos y más tarde, en el 73, profesora adjunta.

Cirigliano se fue el 25 de mayo. Ese año, Adriana Puiggrós asumió como Directora de Departamento de Ciencias de la Educación.

Luego fue nombrada decana de la Facultad hasta que en el 74 se produjo la intervención de Alberto Ottalagano y la Facultad permaneció cerrada por un par de meses. Cuando reabrió ya no volvimos.

Yo seguía siendo profesora del Instituto, y en 1971 gané una beca de la Association for the Evaluation of Educational Achievement (IEA), para asistir en Suecia a un Seminario Internacional sobre Desarrollo del Currículum. Lo dirigía un pedagogo muy conocido, Benjamín Bloom. Allí estaban los especialistas más importantes del mundo. Podría decir que eran los autores de todos los libros con los que había estudiado. Era un seminario muy intenso que duraba un mes y medio, y que concluía con la presentación de un trabajo.

Ese seminario fue un impulso muy importante para la historia de la teoría del currículum porque se produjo realmente un impacto muy fuerte en el diseño del currículum escolar.

Cuando volví a la Argentina, retomé mi labor como profesora en el Instituto del Profesorado y me convocaron del Ministerio de Educación. Era el momento de la reforma educativa propiciada por Emilio Mignone, es decir, la creación de la Escuela Intermedia que había generado en todo el país un fuerte rechazo de docentes y padres. Fue casi un escándalo. El presidente de la Nación era Alejandro Lanusse quien cambió a su ministro de Educación, y nombró a Gustavo Malek, entonces rector de la Universidad del Sur. El nuevo funcionario suspendió la aplicación, con lo cual el currículum escolar de la reforma que abarcaba a todas las escuelas nacionales del país debió ser sustituido para el comienzo de clases del año siguiente.

Mi tarea fue formar parte de una comisión a cargo de diseñar el nuevo currículum, en reemplazo del de la reforma. Este currículum abarcaba una escuela de siete grados en las escuelas nacionales del país. La comisión estaba integrada por personas que pertenecíamos a alguna institución como el Consejo Nacional de Educación, la Superintendencia Nacional de Educación Privada, o el Instituto del Profesorado, como en mi caso.

Nos dieron sólo dos meses para realizar esta tarea; creí que era imposible. A pesar de que era la más joven del grupo, me nombraron coordinadora de ese currículum que se llamó Lineamientos Curriculares, y que empezó a aplicarse en 1972 en todas las escuelas nacionales del país.

Finalmente nos llevó tres meses de trabajo. Transcribíamos en máquinas de escribir y fue el primer currículum que se publicó con los nombres de todos sus autores. Convocamos a todas las personas y organismos que entonces trabajaban en cuestiones relacionadas con diseños curriculares. Participó muchísima gente, fue un trabajo muy comprometido y muy arduo.

Mientras estuve en el Ministerio de Educación asistí a conferencias, seminarios y congresos en el exterior. Había dirigido el Proyecto Multinacional de Tecnología Educativa de la Organización de Estados Americanos en el Ministerio de Educación de la Nación, y me tocó instalar el Centro Nacional de Tecnología Educativa en Villa Devoto.

Me quedé trabajando un tiempo en el Ministerio y, en el 74, volví al Instituto del Profesorado. Me eligieron directora del Departamento de Filosofía, Psicología y Ciencias de la Educación. En ese tiempo logramos que el Profesorado funcionara muy bien. Seguí allí hasta el 80 y, por ese entonces, dejé la educación formal para dedicarme a la capacitación en empresas, un trabajo muy interesante porque capacitábamos a capacitadores.

Después recibí una invitación de Sara Slapak que estaba a cargo del ingreso a la Facultad de Psicología, e integramos ese pequeño grupo que armó el curso de ingreso hasta que el ministro Alconada Aramburú lo sacó. Al poco tiempo, me llamaron de la carrera de Ciencias de la Educación de Filosofía y Letras, y me ofrecieron dar un posgrado en Diseño Curricular. Así me reincorporé a la Facultad.

En el 84, Abraham Gak, quien era director del Departamento de Posgrado de la Facultad de Ciencias Económicas, me propuso formalizar un programa de posgrado y me ofreció ser asesora.

En 1986, cuando renunció la profesora de Didáctica I de la carrera de Ciencias de la Educación, la entonces directora del Departamento, Gilda Romero Brest, me ofreció el cargo. Un tiempo después se llamó a concurso, lo gané y seguí en la cátedra hasta que me jubilé.

En los 80, yo trabajé en las Escuela ORT, primero en el Programa de Educación Creativa para escuelas primarias y luego como directora hasta el 84. Allí hice un trabajo que a mí me resultó muy interesante porque la escuela técnica siempre me entusiasmó: yo había sido directora fundadora del Instituto Nacional del Profesorado Técnico.

En los años que trabajé allí hice una contribución importante porque realmente modifiqué la organización de la escuela. Hicimos un cambio muy grande con los talleres. El recuerdo que recibo de la gente de la escuela es muy emocionante.

La escuela técnica es uno de los temas en los cuales creo que vale la pena trabajar. Me preocupa mucho su estado, y es para mí una de las cuestiones fundamentales de discusión con relación a la reforma educativa de los 90, cuyo proyecto fue cerrarlas.

Luego de dejar la Escuela ORT dispuse de más tiempo para trabajar en la Universidad, y me dediqué bastante a la capacitación docente en la Facultad de Ciencias Económicas.

Allí, desarrollamos un programa de posgrado que se llevó a la práctica. Cuando el ex rector de la UB A, Oscar Shuberoff, me pidió que trabajara en el CBC, lo hice con Patricia

Ángel, entonces secretaria de Planificación de la UB A. Con ella desarrollamos -a pedido del rector-interventor Francisco Delich-, el proyecto de creación de UBA XXI.

A principios del 86, en vísperas de la Asamblea Universitaria, me enteré de que Shuberoff era candidato. Fue elegido rector y, antes de que asumiera, me ofreció la Secretaría de Asuntos Académicos que rechacé varias veces porque me parecía algo enorme.

Me habían ofrecido entre el 84 y el 85 la asesoría pedagógica de cinco o seis facultades, y también un decanato en otra universidad, todas tareas que me parecían imposibles. Pero en el tercer o cuarto ofrecimiento de la Secretaría de Asuntos Académicos de la UB A me propusieron dividir la Secretaría Académica y crear una Secretaría General. Entonces se hizo una reorganización y me resultó difícil seguir diciendo que no.

Esa aceptación implicó un esforzado estudio porque yo no conocía la administración universitaria. Tenía mucha experiencia en el manejo de expedientes, pero no sabía cómo funcionaba la Universidad de Buenos Aires. Me pasé los primeros dos o tres meses viendo todos los expedientes y no sólo de la Secretaría Académica. Me estudié todo. Y, además, me dije a mí misma que iba a hacer una gestión erudita, es decir, que iba a estudiar sobre la universidad y sobre la gestión académica de las universidades.

Estuve 16 años en el cargo. Me nombraron cuatro veces por unanimidad del Consejo Superior. A veces he pensado que fue porque trabajaba tanto que le daba la idea a la gente de que, quien me fuera a reemplazar, iba a tener que trabajar demasiado.

Dediqué mucho esfuerzo, muchas horas. Debo decir que jamás firmé, jamás, un expediente que no hubiera leído entero, es decir, que por lo menos en términos de tiempo, esfuerzo y de intención, hice lo mejor que pude. Recibí el reconocimiento y el respeto por parte de la gente. Creo que puse mi Norte en la calidad de la universidad, en que había que definir planes a mediano y a más largo plazo.

Lo que me propuse siempre fue no abandonar mi trabajo docente. No sólo me gusta la docencia sino que considero que hay que estudiar siempre. Trato de estar actualizada y por eso siempre quise conservar mi libertad también en el desempeño del cargo. Por lo tanto estuve libre para decir en cualquier momento no estoy de acuerdo y me voy. Y por cierto algunas veces presenté mi renuncia.

Junto con el ejercicio del cargo de la Secretaría, y con autorización del Consejo Superior, dicté posgrados en otras universidades, seguí trabajando en mi cátedra en Filosofía y Letras, y fui formando una cátedra donde tuve siempre muy buen equipo. La formación que se da en didáctica es una formación que habilita a la gente para poder trabajar. Entonces mis ayudantes, con mucha frecuencia, fueron directores de escuela donde ganaban muchísimo más.

Siempre fue un grato esfuerzo ir formando gente. El equipo que formé en los últimos años tuvo mayor estabilidad. Lamentablemente, Estela Cols, que trabajaba conmigo y que a fines de 2009 había ganado el concurso de mi cátedra, se enfermó a principios de 2010, y murió en menos de un mes.

Por eso, debí hacerme de nuevo cargo de la cátedra, y esperar un nuevo concurso. Soy profesora consulta y, desde hace muy poco, profesora emérita de la Universidad de Buenos Aires en la que fui profesora regular durante muchos años.

Desde que me jubilé, he seguido trabajando exactamente igual que siempre. Y, en los últimos años, he seguido dando cursos de posgrado en universidades nacionales y privadas, del país y del exterior.

Tengo dos hijas, la mayor es Ingeniera Civil Hidráulica de la UB A, hace 15 años que vive en los EE .UU ., casada con un geólogo de la UB A con quien tienen dos niñas. Mi otra hija, Inés, es doctora en Ciencias de la Atmósfera, y se dedica al cambio climático junto con un nieto.

Sigo creyendo que a la universidad nacional hay que cuidarla mucho porque cumple una función absolutamente insustituible. Los sistemas universitarios se han convertido en algo muy heterogéneo, por eso es clave definir claramente cuál es el proyecto de universidad que el país necesita y el tipo de formación que hay que dar.

Este, creo, es uno de los motivos de reflexión más interesantes respecto de las universidades. Hay que tomar posturas claras y poder gestionarlas.